

BREVÍSIMA NOTA SOBRE MI PADRE, MIGUEL DELIBES

ELISA DELIBES

Soy la hija número cuatro de Miguel Delibes.

No me resulta fácil hablar de mi padre porque cualquier registro que adopte me parece inapropiado, no quiero ser sensiblera ni graciosa ni muy benévola ni muy dura... pero hay un hecho que me da cierta autoridad y es que viví a su lado durante cincuenta y nueve años, desde que nací hasta que él murió; además he leído con interés prácticamente toda su obra y he sido profesora de Lengua y Literatura a lo largo de treinta y cinco años.

Mi pretensión es realizar un rápido recorrido que resuma la vida y la obra de mi padre.

Miguel Delibes nace en Valladolid en una bonita casa frente al Campo Grande. Era el tercer hijo de Adolfo y de María. Un año antes había nacido Concha, dos antes Adolfo, luego vendrían cinco hermanos más: José, Federico, Luisa, Manuel y Ana. El padre era profesor en la Escuela de Comercio y la madre ama de casa. Los hermanos varones iban al Colegio de Lourdes y las niñas a las Dominicas Francesas. A los hermanos Delibes les gustaba mucho jugar al fútbol. Eran socios del Real Valladolid y se sabían de memoria la alineación de distintos equipos y los triunfos y anécdotas de todas las jornadas futbolísticas. Cuando el Valladolid jugaba fuera rezaban para que venciera, cuando lo hacía en casa les bastaba con sus voces de ánimo.

Todos los hermanos iban los fines de semana al cine a una sesión doble; veían una de risa y otra del Oeste. Su padre les enseñó a practicar muchos deportes. Para que aprendieran a nadar, les tiraba con una cuerda a una poza y les decía: «Bracea, bracea, bracea, bracea...» y en cuatro días sabían hacerlo solos; a montar en bici: «No mires a la rueda, la cabeza erguida...». La bicicleta se convirtió en la mejor compañía para los Delibes durante años y años, la utilizaban para todo, era impensable concebirlos por separado. A los varones les enseñó a cazar. Todas estas aficiones, el cine, la natación la bici, la caza que Delibes aprendió de niño, las conservó de adulto

y a los setenta años escribió un libro muy divertido, *Mi vida al aire libre*, en el que recordaba todos los deportes que había practicado desde niño, animado por su padre, «sin haber llegado a triunfar en ninguno».

El amor a los deportes iba, por supuesto, emparejado con el amor a la naturaleza y si Delibes se convirtió en un famoso conservacionista era porque deseaba que tanto él como sus descendientes pudieran seguir disfrutándola. Cuando su padre muere, Delibes escribe a su editor y amigo José Vergés y le dice:

Querido José:

Solo unas líneas para comunicarte que anteayer falleció mi padre en Molledo Portolín, pueblo donde nació y donde yo ambienté *El camino*. Puedes imaginar mi tribulación con solo saber que *él* me enseñó a amar todo lo que en el mundo es más digno de amarse...

Lo más digno de amarse era, claro, la naturaleza, que se convirtió en un tema recurrente en su obra.

Delibes no recordaba, sin embargo, su infancia como una época feliz, ya que le amargó su obsesión por la muerte, el desasimiento de sus seres queridos. El tema de la muerte es otra constante en su obra.

En 1936, cuando termina el bachillerato en el colegio, comienza en España la Guerra Civil. Ni Delibes ni sus amigos pueden seguir estudiando porque se cierra la universidad. Tampoco pueden ir a la guerra porque son pequeños. Pasan dos años y entonces sí que les dejan alistarse en la Marina y participar en la guerra como voluntarios. Delibes decía que esos meses que pasó en el crucero Canarias creció quince centímetros y cuando volvió a casa sus padres no podían creer lo que veían.

Acabada la guerra, vuelve a Valladolid y se hace novio de Ángeles. En una entrevista larga que le hicieron cuando ya era adulto, recuerda así ese momento: «En el cuarto banco saliendo desde la casita de los guardas, un 6 de septiembre de 1939 me hice novio de Ángeles. Nos pasábamos las horas en un banco del Campo Grande mirándonos a los ojos, hermosa actividad, hoy incomprendida».

Seis años más tarde, Ángeles se convertiría en su mujer y madre de sus siete hijos. No se separarían hasta su muerte.

Con tres años de retraso comienza sus estudios universitarios: Derecho y Comercio. Para ganar dinero, entra a trabajar como dibujante y caricaturista en el periódico de su ciudad *El Norte de Castilla*, y con solo veintidós años ya era abogado, economista y periodista. Poco después ganó una oposición

para ser profesor en la Escuela de Comercio. Ya tiene dos trabajos y puede casarse con Ángeles. Él tenía veinticinco años, ella veintitrés... En seguida tuvieron su primer hijo y Miguel Delibes se pone a escribir su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, para presentarla al Premio Nadal, un certamen que había nacido cuatro años antes y tenía mucho prestigio. Solo les cuenta que va a concursar a Ángeles y a sus padres. Un día 6 de enero de 1948 por la noche, mientras trabajaba en el periódico, se enteró de que era el ganador y se fue corriendo en bici a su casa a contárselo a su mujer. Se emocionaron muchísimo y animados por su suerte empezaron rápido a tener muchos más hijos: Ángeles, Germán, Elisa, Juan, Adolfo y Camino.

Miguel continuó escribiendo muchas más novelas: *El camino*, *La hoja roja*, *Cinco horas con Mario*, *Los santos inocentes*, *Señora de rojo sobre fondo gris*, *Mi vida al aire libre*, *El disputado voto del Sr. Cayo...*, y juntos empezaron a viajar por países lejanos donde sus obras se traducían, daba conferencias en universidades prestigiosas... La vida les iba muy muy bien... aunque él seguía pensando en la muerte y otras tristezas.

A los cincuenta años le hicieron académico, una distinción muy importante, porque solo hay cuarenta y cuatro académicos vivos y solo si alguno muere pueden nombrar a otro nuevo. Nos pusimos muy contentos, pero al año siguiente murió Ángeles, su mujer, víctima de un tumor cerebral. Miguel Delibes, conmocionado, herido, pensó que nunca más iba a volver a escribir, ni a cazar, ni a montar en bici... Además, su familia ya no era tan grande ni tan animada: cuatro de sus hijos nos habíamos casado, los otros tres eran pequeños y él tenía que ocuparse de su educación.

Unos años después se recuperó, volvió a escribir, volvió a montar en bici, a cazar y a pescar, y además muchas de sus novelas se convirtieron en películas y en adaptaciones teatrales de gran éxito de crítica y público.

Cuando ya tenía setenta y siete años escribió una obra importante, la última, *El hereje*, y antes de que la pudiera ver en los escaparates de las librerías, cayó enfermo con un cáncer de colon, le operaron y ya nunca volvió a ser el mismo. Nos lo cuenta así en un breve texto, preámbulo de su obra completa (2007):

El escritor Miguel Delibes murió en Madrid el 21 de mayo de 1998, en la mesa de operaciones de la clínica de La Luz. Esto es, los últimos años literalmente no le sirvieron de nada [...]. En el quirófano entró un hombre inteligente y salió un leardo. Imposible volver a escribir. Lo noté enseguida. No era capaz de ordenar mi cerebro. La memoria me fallaba y me faltaba capacidad para concentrarme.

Murió a los ochenta y nueve años. Su ciudad, Valladolid, le acompañó conmovedoramente en su último viaje, le valoró y le lloró. Nosotros, sus hijos, también.

Un año después de su muerte se creó la Fundación Miguel Delibes que presido.